

HIC REQUIESCIT...

La vida de los personajes, como la nuestra, es breve. A aquel que los fabuló le compete matarlos, demiurgo y parca, ilusión de divinidad. Ya se trate de una muerte narrada en la misma trama, ya se trate de la mera palabra "FIN" en lo mejor o en lo peor del asunto, el personaje, aliado o no a su historia, muere, y vivirá, o no, en nuestra memoria o pegado al lado interno de nuestra piel, y renacerá cada vez que alguien recomience el libro.

Me he presentado como el descubridor de Paulus Affabilis Polus, y ese papel, menor que otros más loables, me he prodigado la posibilidad de acceder a círculos selectos y publicaciones artesanales y exclusivas. He intentado sobrellevar tales honores con entereza; incluso con humildad. Quienes me conocen no me desmentirán. No me ha sido dado engañar gratuitamente. Pero, menos que un fabulador, he sido un testafarro involuntario, el cipayo de un engaño que, aunque me avergüenza, me ha alcanzado también a mí. Y, aunque no haya sido el creador de Paulus Affabilis Polus, a mí me compete el acabar con esta farsa, por la cual todos (ya que, como he dicho, me incluyo) lo creímos verdadero. Sí, Paulus ha devenido en personaje. La emoción y la admiración que causó fueron sólo productos de una burla inescrupulosa.

El ánfora, pretendidamente etrusca y del siglo II a. c. en la que había creído haber hallado los escritos del mencionado autor (Cf. CORTES GAMAS, Pablo, "Hallazgo". En **GRAMMA**, año III, Nro. 10, Junio 1992, p. p. 23 - 25), pretendidamente latino y del siglo I a. c., es una vil imitación hecha en una fábrica de artículos de mampostería de la localidad bonaerense de Quilmes (Rep. Argentina). Los tales escritos fueron introducidos subrepticamente en dicho utensilio por manos arteras. Sí, ahora que aquél paleontólogo y arqueólogo (cuyo nombre omitiré por delicadeza) que se decía mi amigo y a cuya ciencia recurrí para dilucidar el origen del artefacto encontrado, ha muerto, sé la verdad. Un sobre lacrado con cera

húngara, de papiro extraído de un vivero afgano encierra su confesión. Se me entregó en la seccional policial donde tuve que concurrir a declarar, ya que el muy infame lo había dejado a mi nombre, que a su vez figuraba (entre otros, escasos, es cierto) en su agenda telefónica. Lo habían hallado los agentes del orden (en quienes creí percibir sonrisas disimuladas al entregármelo), junto al patíbulo doméstico en que colgaba el cuerpo exánime del falsario, consistente en una vieja araña pendiente del techo y en una sogá hecha con prendas interiores femeninas trenzadas (seguramente, antigua propiedad de alguna mujer ligera, de esas que solía frecuentar). La misiva quiere insinuar que una de las causas del suicidio fue la culpa por haberme engañado. No lo creo. Su penitencia, en todo caso, me parece desmedida, y ésta es una razón más para no perdonarlo. El nudo de esas líneas lo constituye la explicación del origen de los textos otrora pretendidamente latinos. El verdadero autor de ellos habría sido un antepasado del espurio suicida, un oscuro funcionario ruso de enésima categoría que, simulando (y sobrellevando) una existencia gris y misera, habría escrito un cierto número de historietas en latín para, quizás, evadirse de su realidad cotidiana y hacer más llevaderas sus penurias existenciales. Resulta esto evidente ahora, ya que el orden sintáctico de los comics y de la supuesta carta explicatoria, publicados bajo el nombre de Paulus Affabilis Polus, se corresponde con el del ruso.

Nuestro autor latino, entonces, no existe ni existió nunca. La residencia del autor de las tiras no fue la soleada Italia, sino la húmeda e hiperbóreamente fría San Petersburgo; su lugar de trabajo, un negociado; su categoría, la de consejero titular permanente; su verdadero nombre, Akakiy Akákievich Bashmachkin.

Yo vuelvo, junto con él, al olvido y al silencio, de donde, según creo, nunca debí haber salido.

Pablo Cortés Gamas
4to. Año, Letras